

843

M.

PQ 2625

E 53

V 58

v. 2

*Prohibida toda traducción y reproducción.  
Es propiedad.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.*



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

---

## LA VIRGEN DE MARIGNAC

---

I

### Lo que cuesta una conciencia.

La narración de esta historia, verídica en todas sus partes, ha quedado interrumpida en el momento en que Juan Dantenac, desesperado, se retiraba de casa de Benedetta, en la calle de Visconti.

Recordaremos también que el barón Mosés, exasperado por las constantes negativas de Benedetta, citó á la señora Piot en su casa, á las nueve de la mañana siguiente.

En efecto; á las nueve, Próspero Lagrippe llamaba en el gabinete del banquero, y decía:

—La persona esperada por el señor barón.

La mujer que entró podría ser la señora Piot, la portera de la calle de Visconti, pero no lo parecía.

Habia entre las dos mujeres la misma diferencia que entre una rosa espléndida,



aunque ajada, y una mustia flor de enredadera.

El barón Isaac la contempló con asombro y no la reconoció.

Al ver que ella avanzaba con libertad, como mujer práctica á quien las correrías por los ministerios han preparado para todo, el barón la dijo, dudando:

—¿Es usted la portera?...

—¿De la calle Visconti? Sí, señor barón.

¿El señor barón no me conoce?

—Es que...

—Ya comprendo. El señor barón me ha visto solo un instante y vestida de un modo al que, la verdad, no estoy acostumbrada... Yo he conocido mejores días, señor barón.

—Hágame usted el favor de sentarse.

—Yo estaba casada con un empleado de alguna categoría. He tenido la desgracia de perderle cuando iba á ser nombrado subdirector... Entonces quedé sola, y el señor barón comprenderá que una mujer honrada, sola en París, no puede hacer fortuna.

La señora Piot estaba reñida con la modestia.

El barón trató de detener aquel aluvión de palabras, diciendo bruscamente:

—Ya comprendo, ya comprendo.

Pero la viuda tenía necesidad de concluir su propio elogio, y continuó:

—He recibido una excelente educación y me es penoso verme reducida al estado en que me encuentro.

La excelente señora Piot parecía que lloraba al hablar; pero el viejo Mosés conocía pronto á la gente con quien trataba.

Se desentendió de aquella charla insustancial y la dijo de pronto, brutalmente:

—¿Y usted se encuentra dispuesta á todo con tal de salir?...

—¿El señor barón me dice...?—preguntó la viuda afanosamente.

—Que si la ofrecieran á usted una suma redonda que la permitiera vivir tranquila el resto de sus días...

—¿Qué hay que hacer?—dijo haciendo un gesto, que tuvo la pretensión de que fuera una sonrisa.

—Muy poca cosa. Yo tengo mucho interés por la joven que vive en su casa; ya sabe usted. ¿Cómo ha ido á parar allí?

—Muy naturalmente. Había una habitación desalquilada y la ha tomado.

—¿De qué vive?

—Eso sí que no lo podría decir.

—¿Tiene una colocación?

—En efecto... sí... me parece que es eso...

—¿No está usted segura?

—Sí, en la calle de Saint Honoré. Creo que piensa presentarse el lunes.

—El lunes—dijo el barón reflexionando;—entonces hay que obrar con toda rapidez; mañana domingo, por ejemplo.

—¿El señor barón recuerda que es el día del Gran Premio?



—¡Caramba! ¿También usted lo sabe?  
 —Todo el mundo lo sabe, señor barón.  
 El viejo Mosés pareció muy contento,  
 —Después de todo, esa circunstancia  
 podrá favorecerlos. Ese día nadie se ocupa  
 de los demás.

Entonces fué entrando en detalles.  
 El asunto era muy sencillo y no comprometía á nadie.

Se trataba de conducir á la dicha joven á una posesión situada en el parque de Neuilly, con un pretexto cualquiera; diciéndola, por ejemplo, que una señora la ofrecía una buena colocación como señorita de compañía.

Era casi seguro que la joven se decidiría en seguida.

Para ayudarla se la ofrecerían tales ventajas, que no pudiera vacilar.

En cuanto la joven hubiera atravesado la puerta, la misión de la señora Piot habría terminado.

Más adelante, Benedetta misma la agradecería lo que había hecho por ella.

Esto era todo lo que la pedían.

¿Era demasiado?

A decir verdad, á la excelente señora Piot la pareció muy poco.

—¿Ha comprendido usted?—la preguntó el barón.

—Perfectamente—dijo la viuda temiendo que la recompensa fuera exigua, por lo mismo que el servicio no era muy grande.

—¿De modo, que mañana, á las tres, estará usted en Neuilly con esa joven?

—Sí, señor barón.

—Bien.

—¿Y las señas?

—Ahora se las darán.

El viejo Mosés apretó el botón del timbre é inmediatamente se presentó el fiel Próspero.

—Este hombre que usted ve—dijo el barón—es de mi confianza; él dará á usted instrucciones. Sigalas usted.

—Fielmente, señor barón.

La conferencia había terminado.

El aparato que la señora Piot tenía en el pecho, y la servía de corazón, sufría contracciones horribles.

¿Y lo principal? ¿Y el precio? El dinero por el que la viuda se hubiera condenado cien veces? ¿De eso no se hablaba!

No pudo evitar una ansiosa mirada que dirigió al barón; una súplica con la que el viejo gozaba interiormente.

Levantó el índice de la mano derecha á la altura de la nariz y agitó la cabeza con ese ligero movimiento que se emplea para detener á una persona que se retira.

La viuda se precipitó sobre la mesa.

Entonces el tentador abrió el cajón de un magnífico armario empotrado en la pared.

La señora Piot sufrió una sensación de vértigo.

El oro, los billetes de Baucó, estaban allí amontonados, en desorden, en cantidad inmensa en aquella caja que nada defendía, porque allí no había más que



un óbolo, una parcela insignificante de la fortuna del dueño.

El viejo millonario sacó un fajo de billetes azules y los contó despreciativamente.

Había trece.

—Tome usted—dijo á la viuda,—yo doy como en los puestos de feria, trece por doce. Tome usted, estas son las arras, un simple adelanto. Si cumple usted su misión, si á la hora marcada se encuentra allí Benedetta, confíe usted en mí. Podrá realizar sus sueños, retirarse á su país y ser propietaria. ¿De dónde es usted?

—De Picardia, señor barón.

—¿Qué sitio?

—Del lado de Amiens.

—Buena tierra. Allí podrá usted ser la reina. Únicamente que...

La señora Piot estaba pendiente de los labios del judío.

—¿Únicamente qué?—murmuró.

—Que si habla usted una palabra, no hay nada. Prontitud y discreción.

Era la despedida.

Para impedir que la señora Piot se postase de rodillas fué necesario que el normando la tirara del vestido diciendo:

—Venga usted. Tengo que hablarla.

—Ella le siguió, no sin obsequiar al viejo Mosés con una última y profunda reverencia.

El normando se detuvo en la pequeña antecámara, que precedía al despacho del barón.

—¿Ha entendido usted?—la dijo.

—Sí.

—¿Se lleva usted bien con esa joven?

—Ya lo creo.

—Pues trate de ganar su confianza por completo. Ofrézcala usted una buena colocación á instancias de una condesa muy rica. ¿Usted comprende?

—Perfectamente.

—Allí estará tranquila, mejor que en un almacén, donde tendrá mucho trabajo y poca utilidad.

—¿El nombre de la condesa?

—El primero que se la ocurra... la señora de Lamrose, por ejemplo.

—¿Y las señas?

—Boulevard d'Argenson, número 32.

—Haga el favor de apuntármelas en un papel.

—Con el mayor gusto.

Próspero lo hizo así. Dió á la odiosa mujer lo que pedía, y prosiguió:

—¿Definitivamente será el domingo?

—Sí.

—Diga usted que esa señora la ha señalado una entrevista.

—¿A las tres?

—A las tres.

—Entendido.

—Mañana, cuando usted vuelva, haga el favor de pasarse por aquí, y pregunta usted por mí.

—Muy bien.

—Me dirá usted si ha salido adelante en su empresa.



—Saldrá bien, señor Próspero—exclamó la señora Piot en un arranque de oficiosidad;—no lo dude usted, ¡sé cumplir con mi obligación!

—Sobre todo no hay que hablar á nadie de ello, y el nombre del barón debe permanecer en el olvido.

La viuda se puso un dedo sobre los labios de un modo tan expresivo, que el normando no pudo evitar una sonrisa.

## II

### De Lisboa á París.

Al recibir el telegrama del barón Moisés, Pedro Dantenac experimentó una violenta satisfacción.

¡Adoraba á su mujer!

¡La idolatraba, estaba loco!

Esta es la única palabra que pueda pintar de un modo exacto el desbordamiento de su pasión, llevada hasta el paroxismo, que le absorbía por completo, y que era causa de que nada le interesase fuera del objeto amado.

Aquella encantadora Matilde, delicada, elegante, espiritual, de un atractivo irresistible, le envolvía con su gracia, le dominaba, le absorbía.

Sin dejar de ser complaciente y dulce para su marido, Matilde, en algunas ocasiones, se mostraba nerviosa y agitada.

Tenfa ansia enfermiza de viajar; la fiebre de París, la nostalgia de este pue-

blo que recordaba amargamente, la atormentaban; se sublevaba contra el barón Moisés que la había desterrado y se obstinaba en ello á pesar de sus súplicas.

Siempre estaba dispuesta á marchar, preparaba el equipaje y no se detenía más que por las reiteradas súplicas de su marido.

Aquella misma mañana se había presentado más excitada que nunca.

Había querido marcharse y si no lo hizo fué debido á un supremo esfuerzo de Pedro Dantenac. Pero un momento después, él la había sorprendido en su habitación, llorando, proxima á caer en un período de postración y abatimiento que la acometía siempre que pensaba mucho en su querido París.

Pedro, que solo vivía por complacerla, se había arrojado á sus plantas, la había colmado de caricias y en lugar de detenerla, la suplicó al contrario que marchase.

Cuando su marido recibió la orden del barón «Venga usted», Matilde corria ya por el expreso hacia Madrid.

Pedro Dantenac se regocijaba ante la idea de seguirla, de ganarla en velocidad y llegar á París si podía al mismo tiempo que ella.

Seguramente en aquellos momentos no le molestaba ninguna sospecha sobre la conducta de su mujer.

Sus dudas, si acaso las tenía, estaban atrofiadas, como esos reptiles que el in-



vierno hace dormir y solo viven al calor del verano.

La alegría de Pedro Dantenac era inmensa.

Era un suplicio para él estar separado de su mujer, y se le presentaba la ocasión de reunirse con ella.

Al subir al vagón se imaginaba que, por uno de esos accidentes tan frecuentes en los ferrocarriles, y sobre todo en España, iba á encontrarla en el camino, en Madrid ó en algún punto de la línea, en San Sebastián, Irún ó Burdeos.

En resumen, ¿qué ventaja le llevaba? Apenas tres ó cuatro horas.

Sé irritaba con la lentitud del tren que le paseaba á través de admirables paisajes, bosques de naranjos, laderas de admirable riqueza, llanuras fecundas sembradas de conventos, palacios y hoteles, que á la hora de la salida del tren estaban bañadas por la luz purpúrea de una magnífica puesta de sol.

Pedro Danterac se decía:

—Por aquí ha pasado. ¿Dónde está?

Consultaba la marcha con la guía y hubiera querido que la locomotora le arras-trase en una carrera vertiginosa, á riesgo de estrellarse en el fondo de los barrancos que la vía cruzaba á cada instante en aquella comarca de sierras caprichosas y gargantas profundas.

Pedro Dantenac estaba solo en su departamento. Poco á poco le fué invadiendo una tristeza profunda.

¿Por qué?

Su melancolía no tenía fundamento.

La felicidad le favorecía más allá de sus esperanzas.

Estaba casado con una mujer encantadora.

Poseía una gran fortuna y estaba en camino de multiplicarla.

Lentamente su pensamiento le fué acercando á aquel país de Luchón, cuyo recuerdo se había debilitado con el ruido de los negocios y las obligaciones mundanas que le imponía su nueva posición.

¿Cómo reflexionar en medio de la tempestad en que vivía?

Durante el invierno que acababa de pasar, Matilde había llegado á ser la reina de Lisboa.

Sus *toilettes* causaban sensación; su ingenio delicado y chispeante encantaba; había sido un modelo de gracia y elegancia; y por último, el nombre del barón Mosés, que la colmaba de regalos, alhajas y brillantes, había venido á aumentar el prestigio de su belleza y de su talento. En muy poco tiempo había conseguido formar á su marido y darle aquel barniz de hombre de mundo, que era lo único que faltaba á su inteligencia superior y á su arrogante apostura.

Fué preciso á Pedro Dantenac el recogimiento que le proporcionó aquel largo viaje de cincuenta horas para volver en sí mismo, contemplar el pasado, pensar en los que amaba y analizar sus propias



sensaciones, sus dudas, sus temores y sus esperanzas.

Al pensar en Luchón y en Marignac, sus recuerdos eran dolorosos.

Los proyectos de su hermano Juan habían fracasado.

El montañés de los Pirineos es rudo, como el clima de su país.

No le gusta quejarse, y sufre con el valor estoico del héroe que se deja devorar el pecho sin exhalar un grito.

Juan había escrito algunas líneas á su hermano para anunciarle la desaparición de Benedetta, pero sin dar detalles y sin acusar á nadie.

La tía de Caubous, afectada por aquel desastre, era cada vez menos comunicativa y vivía completamente aislada en su agreste retiro.

Por decirlo así, se había retirado del mundo.

Por otra parte, los Soubére y sus amigos vivían en perpetuo duelo.

En suma, todo iba de mal en peor.

Pedro Dantenac llegó á Madrid en las primeras horas de la madrugada, y trató de buscar, entre los viajeros que circulaban por los andenes como sombras, la esbelta figura de su querida Matilde, á pesar de la convicción que tenía de que debía encontrarse muy lejos.

Entonces, pensamientos todavía más sombríos le invadieron.

¿Qué poderoso influjo llamaba á Matilde con tanta fuerza hacia París?

Desde que se hizo esta pregunta evitó con cuidado el contestarla, abandonándose á los cambios del porvenir con un desfallecimiento extraño en un hombre fuerte como él y tan favorecido por la fortuna.

Trató de dormir, para librarse de este modo de los extraños pensamientos que le asaltaban.

De cuando en cuando salía de esta especie de letargo moral, encendía un cigarrillo maquinalmente y le tiraba en seguida para recobrar su posición de abandono, aunque el sueño huía de él obstinadamente.

Hasta que llegó á las inmediaciones de París no pudo alejar aquella torpeza y desechar aquellos vagos presentimientos de que se veía acometido.

Entonces, la imagen de Matilde, sonriente y encantadora, se le apareció de nuevo; se sacudió como un caballo que concluye una larga carrera, fresco y valiente á pesar del extraordinario esfuerzo desarrollado.

Después de todo, ¿qué podía temer?

¿Por qué creer en fantasmas?

¿Engañarle su Matilde? ¿Qué locura!

¿Qué mayor prueba de amor había podido darle que consentir en llevar su nombre?

¿Qué podía haberla seducido, siendo joven, rica y hermosa, cuando él era pobre y sin porvenir?

Rápidamente el expreso atravesó las últimas estaciones.



¡Etampes! ¡Chamarandel! ¡Jubisy!

Las llanuras desaparecían, huían los pueblos, el espacio volaba como un huracán.

Por último, el tren atravesó las fortificaciones y se detuvo en la estación de París.

El inmenso camino había terminado.

El ancho pecho de Pedro Dantenac, se elevó con un suspiro de satisfacción.

¡Había llegado!

### III

#### Fatal secreto.

Era domingo. Los relojes de la estación señalaban las seis de la tarde.

Nuestro viajero se precipitó alegremente á la calle.

Por un fenómeno bastante frecuente en el mes de junio, el cielo, poco antes cubierto de nubes, se había despejado, las calles estaban secas.

Pedro Dantenac observó con asombro que no se veía nadie en las inmediaciones de la estación, y no había ningún carruaje.

—¿Qué pasa?—preguntó á un empleado.

—El Gran Premio, señor.

Lo había olvidado.

Andando por una acera con su maleta en la mano, tuvo la suerte de encontrar un alquilón melancólico que caminaba sosegadamente buscando á quién conducir.

Pedro Dantenac subió en él, dando al cochero las señas de la calle del Circo.

Después de atravesar no pocos obstáculos, debidos á la aglomeración de coches que iban á las carreras, consiguió por último llegar á la avenida Gabriel.

Lo más difícil estaba hecho.

Al atravesar la avenida de Marigny tuvo que luchar con un nuevo inconveniente.

Fuertes pelotones de policía impedían el tránsito con objeto de dejar el camino libre á la comitiva del presidente.

Entonces Pedro Dantenac se decidió.

Pagó espléndidamente al cochero, y consiguiendo forzar la línea de los guardias, con la maleta en la mano y el abrigo en el brazo, se dirigió á su casa.

A cien pasos de ella estaba, cuando se detuvo.

Al volver de la avenida Gabriel á la calle del Circo una victoria enganchada con un solo caballo, lleno de fuego, salía de la calle conducida por un cochero joven de aspecto insolente.

Pedro Dantenac se ocultó detrás del tronco de un árbol.

Acababa de reconocer á uno de los criados del barón Mosés.

La victoria estaba vacía.

¿Dónde estaba el dueño?

Esto no fué más que una chispa, pero al atravesar por el cerebro del marido de Matilde, le mortificó horriblemente.

La victoria pasó y fué á estacionarse